

## El amor (humor) según Jardiel

Coinciden dos deliciosos volúmenes misceláneos del autor de «La tournée de Dios», preparados por su nieto

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Enrique Jardiel Poncela (1901-1952) fue siempre, según confesión propia, «un sentimental y un romántico incorregible». Ello hizo que, a lo largo de los años que dedicó a la escritura, menudeasen sus escritos sobre el amor. Su nieto, Enrique Gallud Jardiel, en su infatigable tarea de recuperar definitivamente la memoria del autor de *Angelina* para el gran público y para el entorno académico, ha reunido en un volumen un conjunto de piezas teatrales breves, aforismos, poemas, artículos y cuentos publicados por su abuelo entre 1923 y 1930 en las revistas *Buen Humor*, *Nuevo Mundo* y *La Voz*, referidos al planeta del amor, tan fecundo en microbios de todo tipo.

Al mismo tiempo que veía la luz este libro de temática amorosa, ha aparecido en librerías otro, titulado *El plano astral y otras novelas cortas* (Editorial CSIC / Ediciones Ulises) en el que,

al cuidado también de Enrique Gallud, se incluyen seis *nouvelles* jardielianas y un apéndice con el catálogo completo de obras de Jardiel en colecciones de novela corta, series teatrales y otras publicaciones de ese tipo, con las fotografías en color de todas las portadas originales. El que coincidan en el tiempo dos libros de Jardiel como estos nos habla a las claras de la implantación de su autor en nuestro siglo. Gracias a los esfuerzos de Gallud, pero también, cómo no, a la suprema calidad literaria objetiva de su abuelo, la figura del escritor madrileño se encuentra situada hoy en el lugar de honor que le corresponde dentro de la generación literaria de la que forma parte, conocida por el nombre de «la otra Generación del 27» (para diferenciarla de la presuntamente auténtica).

Pueden imaginar el altísimo grado de diversión que van a obtener leyendo *El amor es un microbio*. Pero lo mejor es que no se limiten a imaginarlo, sino

que lo vivan en directo, sentados en su butaca favorita, con el libro abierto en las manos. Se ha achacado a E. J. P. un enconado antifeminismo, lo que es del todo injusto, porque en el gran melancólico que fue Jardiel no puede ni debe hablarse de misoginia, sino, en todo caso, de misantropía, pues la confianza de Enrique en el ser humano, fuese hombre o mujer, era más bien escasa, si no nula. «El amor entre hombres y mujeres – escribe Gallud en la «Introducción» – no es para Jardiel sino un conglomerado de pequeños resortes: el roce de las epidermis, la vanidad mutua, el trato social, la lucha por la vida, la costumbre de verse a diario y un poco de tesón y otro poco de necesidad de hablar con alguien en la cama y en la mesa».

### Monos locos

El amor, al contrario que las cosas importantes de la vida (hijos, honor, humor, higiene, honradez, hermosura, hogar, Humanidad) se escribe sin hache. Y las cosas escritas sin hache no deben tomarse en serio si

**LA CONFIANZA DE JARDIEL PONCELA EN EL SER HUMANO, FUESE HOMBRE O MUJER, ERA MÁS BIEN ESCASA**

uno quiere mantenerse en los niveles de sensatez que hacen habitable la existencia. El primer y más importante mensaje de Jardiel en esta miscelánea amoroso-humorística es, en el fondo, un papel en blanco, un recado abiertamente nihilista. A las mujeres y a los hombres no hay quien los entienda. Como escribió mi amigo Ramón Irigoyen en la primera frase de su *Historia del virgo*, el ser humano es un mono completamente loco. Afirmación que haría suya el autor de *Eloísa está debajo de un almendro* sin un movimiento de ceja. Monos completamente locos y geniales como Enrique Jardiel Poncela escriben con H mayúscula la historia de las letras españolas contemporáneas.

**El amor es un microbio Enrique Jardiel Poncela**



Edición de Enrique Gallud Jardiel  
Azimut, 2017  
216 páginas  
20 euros



## Viaje por el viejo vientre de Rusia

El tan brillante como controvertido periodista y corresponsal de guerra Robert D. Kaplan se aventura en territorios que hoy, con conflictos como el de Siria, cobran máxima actualidad

ALBERTO SOTILLO

Robert D. Kaplan (Nueva York, 1952) no se fia de los mapas. Cuando comienza su viaje en Budapest «rumbo a Tartaria», su anfitrión, Rudolf Fischer –un sabio experto en los Balcanes– le recomienda que para reconocer a simple vista la zona por la que se va a aventurar descarte los mapas posteriores a 1989 y elija más bien los del siglo XIX, que aún marcaban los límites de los imperios austrohúngaro, ruso y otomano. La caída de aquellos imperios fue seguida por la creación de pequeños Estados nacionales con fronteras marcadas a veces por el reparto de

zonas de influencia de las potencias europeas o por la creación de Estados sobre una base étnica. En el primero de los casos se impuso el absurdo, en el segundo la violencia racial y nacionalista. No se sabe cuál de las dos opciones ha sido más pernicioso.

### Gran curiosidad

El viaje de Kaplan comienza en Hungría y termina en Turkmenistán. Fue un periplo realizado en 1998 y escrito en 2000. Podríamos decir que es un viaje por el bajo vientre de Rusia tras la cataclísmica caída de la Unión Soviética.

A veces Kaplan nos evoca la figura de un sagaz viajero a cuenta de la Roma de César Au-

gusto que explora los peligros y oportunidades que se abren más allá de los conocidos límites del imperio. Se adentra en esos pequeños reinos en los que se eclipsa la vieja URSS e indaga hasta qué punto convendría que el poder incógnito de una OTAN bajo el incontestable poder norteamericano se haga cargo de ellos.

Pero Robert D. Kaplan, además de leal explorador al servicio del imperio, ha sido y es periodista de raza y un rastreador de una curiosidad inmensa y sin prejuicios. Aquí es donde el maravilloso relato de su periplo se asemeja al de un Herodoto aventurándose en tierra incógnita para traer a sus contemporáneos noticia de la



inmensa variedad de la humanidad. Viaja en autobuses y trenes destartados y se aloja siempre en hoteles situados en el centro más bullicioso de la ciudad, sin importarle si las cucarachas corren alegremente por entre las patas de la cama. Su objetivo es buscar la verdad y preguntarle por ella a quien mejor cuenta la pueda dar.

**Pragmático**

Los capítulos dedicados a Turquía, el Líbano y Siria son de una sagacidad premonitoria. En Beirut, cuando pregunta sobre si el régimen de los Al Assad tiene futuro (estamos en 1998 y Hafez, padre de Bashar, aún tiene el mando), Elias Khoury, escritor, columnista de *An-Nahar*, responde: «Espero que no. No obstante, por desgracia un régimen así podría tenerlo. Estos regímenes han conseguido destruir no solo sus sociedades, sino también toda alternativa. Como no hay posibilidad de que sobreviva una alternativa, tal vez hay que elegir entre control total y caos total».

No menos estremecedor es su visita a la localidad jordana de Zarqa, cuyo deprimente recuerdo le persigue incluso en Turkmenistán: «Me acordé de Zarqa, la caótica aglomeración urbana -con sus hordas de adolescentes en paro típi-

**LECCIONES DE TERROR**  
Arriba, un momento del entrenamiento en el campo de la ciudad jordana de Zarqa, donde se formó Abu Musab al Zarqawi, el salvaje yihadista que creó la banda que se convertiría en el Daesh. Bajo estas líneas, Robert D. Kaplan



cas de la población de Jordania-, donde es posible que esté escrito el futuro de Oriente Próximo». La reflexión pone los pelos de punta porque en Zarqa se crio y formó Abu Musab al Zarqawi, el salvaje yihadista que creó la banda de asesinos que con el tiempo se transformaría en Daesh.

Kaplan es un servidor del imperio de la vieja escuela, de los que ya estamos echando de menos, un pragmático inso-

bornable, sin idealismos metafísicos ni visiones de destino manifiesto. Cree que la democracia no es posible donde no existe una clase media que la sostenga y que, por el bien del Estado en cuestión o de la estabilidad internacional, más vale no aventurarse en experimentos inciertos ni en confundir la labor de un diplomático con la de un misionero.

Y descreído de los mapas posteriores a 1989, descubre dos fronteras esenciales en su viaje: la de los Cárpatos, que dividía el viejo imperio austrohúngaro del otomano, y la del Cáucaso, que fue frontera en disputa de turcos, rusos y persas. Los territorios de lo que fue Austrohungria son asimilables sin riesgos para el imperio. Y a medida que el viaje se desplaza hacia Oriente, la apuesta sube hasta llegar a hacerse muy poco recomendable.

**Odios étnicos**

En Rumanía y Bulgaria el gangsterismo se ha asociado a intereses empresariales. Y en el Cáucaso bullen los odios nacionalistas y étnicos que impiden la creación de unos partidos políticos homologables a los de Occidente. Más allá, hay que ser realistas y asumir que nuestros valores son demasiado exóticos. Parece que los viejos patrones del imperio tomaron nota de su lección, pero decidieron elevar la apuesta y correr más riesgo del que la prudencia aconsejaba.

En su periplo, sin embargo, falta una indagación fundamental: la de Rusia, que se percibe solo como un abismo de sombra y tierra de insondables tinieblas, como el reino de Mordor, que, por otro lado, ofrece a Occidente una perfecta coartada moral y política para seguir en el viejo juego de Kipling y decidir si merece la pena asumir riesgos en esta o aquella parte del bajo vientre de un imperio agónico. Una lástima que Kaplan no se adentre por el territorio del viejo enemigo y descubra no solo una parte de la verdad que debe conocerse, sino también la infinita diversidad del género humano que allí también habita.

**Rumbo a Tartaria**  
**Robert D. Kaplan**

*Ensayo Trad. de Ramón Ibero Iglesias Malpaso, 2017 480 páginas 24 euros*



**La novela retornada**

En «El hijo cambiado», Joy Williams se adelantó a su tiempo. Hoy espanta o fascina, pero no deja indiferente

RODRIGO FRESÁN

Huba una vez una joven narradora de leyendas que había debutado en la novela por todo lo alto y que, cuando publicó la segunda, fue destrozada por un guardabosques feroz y pasó varios años hechizada por el maleficio. Era Joy Williams (Massachusetts, 1944), finalista del National Book Award con su estreno en *Estado de gracia* (1974) y que, en el segundo acto, fue lapidada por el entonces decisivo crítico literario Anatole Broyard desde *The New York Times* por haber tenido la osadía de publicar algo tan diferente e inesperado e «idiomáticamente *avant-garde*» como *El hijo cambiado* (1978). Williams se encontró de golpe confundida. Lo evocó ella misma en la entrevista que concedió a *The Paris Review* en 2014. Broyard murió en 1990; *El hijo cambiado* fue descatalogada (y no reeditada sino hasta el 2008 por una pequeña editorial acompañada por un redentor prólogo de Rick Moody).

**SE NOS PRESENTA A UN VÁSTAGO HUMANO SURLANTADO POR UN PEQUEÑO ANGELICAL DEMONIO**

Para leerla había que pagar precios desorbitados en librerías de viejo. Y Joy Williams, a su manera, fue convirtiéndose en una escritora de escritores. Un espécimen atípico que practicaba una inmaculada y turbulenta versión de realismo sucio que parecía el producto de Carver yéndose de copas con David Lynch o de una providencial caída de Carson McCullers en una marmita hasta los bordes de LSD mientras afuera latían las ciénagas de Florida pintadas como si se trataran de las más baldías tierras de Oz.

En el 2000 -con la alucinada y alucinante novela entrópica *Los vivos y los muertos*, candidata al Pulitzer-, se cerró el círculo y se confirmó lo que era evidente: *El hijo cambiado* se había adelantado a su tiempo. Ahora, el radiactivo magisterio de Williams se percibe sin dificultad en neo-raras como Clare Vaye Watkins y Otessa Moshfegh o la Emma Cline de *Las chicas*. Y la buena nueva es

que habrá más Joy y más Williams entre nosotros (Seix Barral publicará su definitiva antología de cuentos *The Visiting Privilege* así como los divinos micro-relatos/sermones *Ninety-Nine Stories of God*) y dejará sin argumentos a quienes aún no hablan de esta mujer con la misma pasión que dedican a la tanto más cómoda Alice Munro. Mientras tanto y hasta entonces, a saber: *El hijo cambiado* se apoya en el motivo clásico de cuento de hadas (o mejor de brujas) del vástago humano suplantado por un pequeño angelical demonio para pavor de sus progenitores.

**Huevos de cocodrilo**

Aquí la madre es la joven alcohólica Pearl habitando una extraña isla poblada solo por niños salvajes que a algunos le recordará las postales climático-apocalípticas de J. G. Ballard o las variaciones *folk-freak* de Angela Carter. Después de unos años en esas orillas extrañas, Pearl y su hijo Sam y su pareja Walter vuelan a la no más firme tierra y el avión cae y ella y el pequeño sobreviven pero,

para Pearl, Sam ya no es quien alguna vez fue aunque tampoco tenga la menor idea de quién es ella. Leída ahora, *El hijo cambiado* -tan arquetípico como personal-

es el tipo de arriesgado y valiente gesto de quien no se resignó a dormirse en sus laureles y que con sus espinas espantará o fascinará (pero no dejará indiferente). «El movimiento tectónico de sus párrafos ya no resulta repulsivo, si es que acaso lo fue», advierte Moody en su alegato y agradecimiento por una justicia que -lenta pero nunca tardía- siempre llega. Esa justicia se hace luego de que el mundo real cambie para, por fin, ponerse a la par y altura de ciertas ficciones auténticas ayudando a leer y a vivir felices y comer no perdices sino huevos de cocodrilo.

**El hijo cambiado**  
**Joy Williams**

*Narrativa Trad. de D. Paradelo Alpha Decay, 2017 288 páginas 24,90 euros*

